

I Congreso Internacional de Expedicionarios Miguel de la Quadra-Salcedo

“España y América: aventura y letras en el Nuevo Mundo”

Jaime Olmedo Ramos
19 de septiembre de 2025

Introducción

Como escribió Fernán Pérez de Oliva (1494–1531) en su *Historia de la invención de las Indias*, Colón partió de España "a mezclar el mundo" (*apud* Vila Vilar, 2012: 35).

España irrumpió en la escena europea después de haber tenido una posición “un tanto marginal dentro del continente y del panorama general de la Edad Media europea” (Clavería, 2010: 21). España duplicó el orbe conocido en 1492 y lo circunnavegó por vez primera en 1522 en dos de las mayores aventuras de la Historia.

Gracias a aquellas rutas de aventura, a lo largo de toda la Edad Moderna, el océano Atlántico se convirtió en “un espacio compartido, en el que personas, bienes e ideas circulaban a través de unas fronteras más porosas de lo que con frecuencia se ha creído.” (Maillard Álvarez, 2014: 480).

Primeros libros en América

Lo primero que conviene subrayar es que “[l]os libros viajaron a América de la mano de los primeros descubridores y conquistadores” y que la demanda de tales objetos crecerá “conforme se extiende el asentamiento de los europeos en América y se consolidan las sociedades y las instituciones indianas [...]. Para responder a ésta, se establecerán impresores en los distintos virreinos y se crearán redes para la distribución del libro que van desde el librero con tienda abierta en una gran ciudad hasta los vendedores y mercachifles ambulantes que, de lugar en lugar, van vendiendo todo tipo de mercancías.” (Maillard Álvarez, 2014: 481).

La lengua –codificada por Nebrija en su *Gramática* (1492), primera gramática de una lengua vulgar– y los libros impresos desempeñaron, a través de una serie de redes, “un papel silencioso, pero muy importante, en la gran tarea de difundir la civilización europea y la cultura española hasta los confines de la tierra.” (Leonard, 2006: 113).

Veamos la historia emocionante de alguno de aquellos aventureros. Y es especialmente emocionante el primer testimonio que se tiene de un libro en territorio mexicano.

En 1511, un barco de la flota del gobernador de Veragua (actual Panamá), se dirigía de Panamá a Santo Domingo y, desviado de su ruta por una fuerte tormenta, naufragó en las proximidades de Jamaica, en unos islotes llamados de las Víboras. Sólo unos veinte hombres consiguieron salvarse del naufragio y, en un pequeño bote, sin agua y sin alimentos, fueron arrastrados durante trece días por la corriente hasta arribar a la costa de Yucatán (México), aún desconocida por los españoles. La mitad de aquellos hombres murió en el camino.

Los que consiguieron llegar a tierra fueron inmediatamente capturados por los indios mayas, quienes sacrificaron a algunos de ellos. Los pocos que quedaron con vida pasaron a ser esclavos de los diferentes señores mayas de la zona. Ocho años después de estos sucesos, sólo quedaban dos españoles con vida: Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, convertidos en servidores del cacique de Xamanhá (actual estado mexicano de Quintana Roo).

A finales de febrero de 1519, Hernán Cortés, que marchaba a la conquista de México, arribó con su hueste a la isla de Cozumel, frente a la costa de Yucatán. Vieron venir una canoa de remos en la que viajaban aparentemente cuatro indios, uno de los cuales resultó ser Jerónimo de Aguilar (González Hernández, 2024).

"Resulta sumamente conmovedora la descripción que Bernal Díaz del Castillo hace del momento en que Aguilar se reencuentra con Cortés y sus hombres después de vivir ocho años como esclavo entre los Mayas, en los que paulatinamente había ido perdiendo su identidad europea: '... porque le tenían por indio propio, porque de suyo era moreno e tresquilado a manera de indio esclavo, e traía un remo al hombro [...], e una manta vieja muy ruin e un braguero peor, con que cubría sus vergüenzas, e traía atado en la manta un bulto, que era *Horas* muy viejas'." (López de Mariscal, 2005: 29. Díaz del Castillo, 1983: 69). Es decir, un libro de horas: "Este librito de *Horas* [...] es el único elemento que permite identificar a Aguilar como un español. [...] Un libro que, a juzgar por el celo con que lo guardaba, ya que lo 'traía atado en la manta' se había convertido, durante ocho años, en el único vínculo que mantenía a Aguilar unido a su identidad española y cristiana." (López de Mariscal, 2005: 29). Después de ser rescatado por Hernán Cortés, Jerónimo de Aguilar se convirtió, junto con La Malinche, en su intérprete, pues Aguilar hablaba a la perfección la lengua maya después de ocho años viviendo entre ellos.

Así pues, "[e]l libro irrumpe en el Nuevo Mundo acompañando el viaje peregrino de aventureros, comerciantes y toda la variada gama de servidores de la corona o la Iglesia. [...] Allá donde una ruta favorezca la llegada de mercancías podremos encontrar libros." (Rueda Ramírez, 2010: 113).

El libro, por tanto, –y no sólo la espada– acompañó desde el primer momento la aventura del Nuevo Mundo. Es muy probable que "aquellos viajeros que sabían leer llevaran consigo libros para el entretenimiento o solaz durante la larga navegación por el Atlántico, y que los clérigos, abogados, administradores, médicos, boticarios, etc. también embarcaron colecciones de libros, a veces muy modestas, que consideraban imprescindibles para el ejercicio de su oficio una vez asentados en [el Nuevo Mundo]." (Griffin, 2015: 257-258).

De hecho, el libro se lleva consigo, pero también se envía. Se enviaba de todo: desde menudencias, librillos, pliegos sueltos, pequeños impresos, libros caballerescos breves, libros religiosos, vidas de santos y textos piadosos... hasta los títulos de la literatura bajomedieval y renacentista –todo el parnaso de nuestras letras del siglo de Oro– y obras de historia, literatura política y jurídica, clásicos grecolatinos y tratados de saberes humanísticos, junto a literatura práctica y científica (*cf.* Rueda Ramírez, 2005: 191-442).

La situación no nos revela el libro en exclusiva como un objeto de evangelización. El

panorama es más rico y más diverso: junto a los libros de devoción, llegaron también obras de entretenimiento, de ficción narrativa. "Estas llamadas 'historias mentirosas' iban a penetrar con toda franqueza en América llevadas, primero, por los conquistadores en sus mochilas, y más tarde enviadas por impresores y comerciantes de libros en cuanto que la imprenta permitió su fabricación masiva." (Muñoz Machado, 2017: 295). Hace 500 años, en 1525, por ejemplo, "se realizó en Santo Domingo una almoneda pública de las posesiones de Isabel de la Peña, viuda de un espadero, muerta en la Isla Española cuatro años antes." (Griffin 2015: 264). A pesar de su humilde condición y de no constar que tuviera relación alguna con el libro, se hallaron en su posesión casi 300 impresos de muy variada temática: aparte de libros religiosos, médicos, cartillas..., tenía también obras de entretenimiento como *La Celestina*, cancioneros, un auto dramático de Gil Vicente, obras caballerescas breves y libros de caballerías como un *Primaleón*, que fue comprado, en esa venta, por un tonelero. Esta almoneda revela que podía ser no tanto su biblioteca particular como mercancías, lo que indica que ya antes de ese año "existía un mercado americano para el tipo de libros que poseía." (Griffin 2015: 264). El 4 de abril de 1531 una Real Cédula ordenó que la Casa de la Contratación no permitiera la exportación a América de "libros de romance, de historias vanas y de profanidad, como son el *Amadís* y otros de esta calidad", pues se pensaba que aquellos libros "podían distraer las labores de predicación o confundir a los indígenas recién convertidos [...]." (Rueda Ramírez, 2005: 34). Sin embargo, no debió de observarse mucho esta disposición cuando hubo de reiterarse en 1536, en 1543 y en 1552. "Está suficientemente probado que ninguna de estas prohibiciones afectó de lleno a la llegada de libros a América" (Muñoz Machado, 2017: 300) y las obras de ficción, así como el resto de creaciones literarias, llegaron desde el primer momento al Nuevo Mundo, lo que viene a romper la idea de que el libro y la imprenta en América estuvo solo al servicio de la evangelización o "conquista espiritual".

Este tráfico de libros se potenció cuando las primeras instituciones culturales erigidas en suelo americano generaron "necesidades concretas, sobre todo en el ámbito educativo" (Rueda Ramírez, 2010: 120).

"Cada vez que se fundaba una ciudad se creaba un centro educativo cuya gestión se encomendaba a las diferentes órdenes religiosas." (Muñoz Machado, 2017: 210). El 6 de enero de 1536, por ejemplo, se inauguró el Colegio Imperial de la Santa Cruz en Tlatelolco, institución educativa franciscana de élite creada para que los hijos de los caciques indios de entre diez y doce años pudieran internarse para ser educados "en la religión, la lectura, la escritura, la gramática latina, la retórica, la música y la medicina" (Muñoz Machado, 2017: 205) con profesores como Bernardino de Sahagún. Fue la primera institución de educación superior de América. El colegio contó con una espléndida biblioteca. Los recuentos más exactos hablan de 377 volúmenes correspondientes a, probablemente, 355 títulos, de los cuales 268 estaban en latín, 41 en español, 25 en náhuatl y purépecha y 1 en italiano (Mathes, 1982: 81). A finales del siglo siguiente, en instituciones semejantes estas cifras se habían multiplicado por diez: el inventario que en 1682 se realiza de la biblioteca del Colegio Máximo que los jesuitas regentaban en Quito reúne 2041 títulos en 3067 volúmenes (Rueda Ramírez, 1999: 94).

Muy pronto se crearon las primeras universidades en Indias. "Antes de cumplirse medio siglo del Descubrimiento, en 1538, el Colegio de los Dominicos de Santo Domingo fue autorizado a llamarse Universidad de Santo Tomás de Aquino."

(González Fernández, 2021: 309). En 1551, Carlos V (en Valladolid a 21 de septiembre) hizo fundar las primeras Universidades generales o mayores en América, como se lee en la *Recopilación de leyes de los Reinos de Indias* (1680) (Título XXII: *De las Universidades y Estudios Generales y particulares de las Indias*, Ley I, fols. 110-110v), “por el mucho amor y voluntad que tenemos de honrar y favorecer a los [vasallos, súbditos y naturales] de nuestras Indias, y desterrar de ellas las tinieblas de la ignorancia”. Así, se constituyeron en la Ciudad de Lima “de los Reynos del Perú” la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y “en la Ciudad de México de la Nueva España” la Real y Pontificia Universidad de México. A partir de ahí, se fundaron en América “más de veinte centros de educación superior” (Roca Barea, 2016: 304); veintiséis hasta la emancipación (Martínez Montes, 2018: 296). Sólo en el XVII, se fundaron universidades en Bolivia (27 de marzo de 1624), Ecuador (19 de mayo de 1651) o Guatemala (31 de enero de 1676), y en cuanto aparecieron estos estudios generales, “surgieron cátedras de lenguas indígenas, lo que no ha sucedido en Estados Unidos hasta el siglo XX.” (Roca Barea, 2016: 305). Efectivamente, Felipe II fundó “Cátedras de lengua indígena en las Universidades de Lima y México y en Ciudades donde hubiere Audiencias Reales” (Badajoz a 19 de septiembre, y 23 de octubre de 1580. Y en Burgos a 14 de septiembre de 1592. D. Felipe III en Madrid a 24 de enero de 1614. *Recopilación de leyes de los Reinos de Indias*, Tít. XXII, ley XXXVI) (González Fernández, 2021: 309).

A lo largo de esos años, y aprovechando las infraestructuras de la Carrera de Indias (entre Cádiz y Veracruz) –llegaba a haber “convoyes de hasta una cuarentena de navíos” (Silva y Sancho Menjón, 2001: 25)–, bibliotecas particulares o institucionales en América fueron formándose o incrementando sus fondos a lo largo de los siglos XVI y XVII. Así, “el ritmo de las flotas marca el del abastecimiento cultural de los virreinos” (Rueda Ramírez, 1999: 102). Se sabe que muchos de los libros embarcados forman parte de “ediciones recién publicadas” lo que informa sobre “la inmediata presencia en territorio americano de las obras publicadas en la Península.” (Rueda Ramírez, 1999: 91). Gracias a este tránsito libresco, la literatura española del siglo XVI llegó pronto al Nuevo Mundo con escaso lapso temporal respecto de su edición en Europa.

Hubo casos curiosos que evidencian los envíos también en sentido contrario: libros que vienen de América con premura para distribuirse en la Corte. Así sucede con la *Relación historizada de las exequias funerales de la Magestad del Rey D. Philipppo II. Nuestro Señor*, de Dionisio de Ribera Flórez, impreso en México, en 1600, en casa de Pedro Balli para mostrar lealtad y servicio a la Corona. En la fe de erratas, puede leerse: “La priesa de la impression deste libro, por que fuese en la flota causó no quedar tan expurgado de erratas como pudiera quedar.” Se muestra a las claras la estrecha relación entre el libro y las rutas de navegación y la presencia de obras en América y España con el único desfase temporal obligado por la travesía.

Filipinas

Pronto, todo ese tráfico de libros rebasó el propio continente americano y las acciones de cultura de la Corona en el Nuevo Mundo saltaron a las aguas del Pacífico.

Respecto a la conquista de las islas de Poniente o Filipinas, hay que subrayar que Legazpi tenía buena formación como letrado y “cuando su expedición salió de México,

sus libros le acompañaron" (Griffin, 2015: 271). En las *Instrucciones* entregadas se señalaba en una de las cláusulas que, cuando se realizase el primer asentamiento, se enviaran noticias a Nueva España. Habiendo fundado en Cebú la villa de San Miguel el 8 de mayo de 1565, el 1 de junio siguiente zarpaba la nao capitana, la *San Pedro*, gobernada por Felipe de Salcedo y acompañado por Andrés de Urdaneta. Los conocimientos náuticos de éste permitieron inaugurar la ruta del *tornaviaje*, arribando al puerto de la Navidad el 1 de octubre de 1565, y el día 8 de octubre a Acapulco. Quedaba abierta la comunicación Manila-Acapulco que mantuvo el llamado galeón de Manila o Nao de China hasta 1815 en otra de esas "autopistas marítimas" que vertebraron el mundo.

Asentado Legazpi en Cebú, una pequeña flota dirigida por el capitán portugués Gonzalo Pereyra, llegó reclamando para su nación las islas Filipinas. Tras largas negociaciones, abandonaron Cebú amenazando Pereyra que volvería con soldados para forzar el abandono definitivo por parte de los españoles. Comenzaron a escasear los víveres y Legazpi, con bastantes hombres, se trasladó a mediados de 1569 a la isla de Panay. En el traslado, una tormenta sorprendió a la fragata que llevaba "toda la casa y recámara" de Legazpi. Se perdieron en el mar, además de todas sus armas, "más de ciento y treinta cuerpos de libros muy buenos de historias que tenía para algunos ratos de desenfado, que fue lo que más sintió." (*apud* Griffin, 2015: 271). Es, sin duda, una biblioteca extraordinaria para un conquistador; estos 130 libros de Legazpi no se alejan mucho de los 188 que, cincuenta años más tarde se inventariaron en la biblioteca del inca Garcilaso tras su muerte en 1616.

Había, pues, "bibliotecas ambulantes" que viajaban "con sus propietarios que iban en busca de fortuna, empleo, familiares o amores, como parte del sinfín de bienes que llevaron consigo los hombres al pasar el Atlántico." (Rueda Ramírez, 2012: 412).

"Al igual que la Flota de Indias unía España y América, el Galeón de Manila, establecido en 1565, unía el archipiélago filipino con la Nueva España." (Maillard Álvarez, 2013). México se convirtió entonces en una nueva metrópoli que unía Oriente y Occidente.

La ciudad de México era el centro estratégico de la mayor extensión administrativa que hubo en siglos. Bernardo de Balbuena en su *Grandeza mexicana* (1604) "se regocija de esta mundialización" (Gruzinski, 2010: 65):

"México al mundo por igual divide.
En ti se junta España con la China,
Italia con Japón, y finalmente
un mundo entero en trato y disciplina."

Literatura y realidad

Hemos visto cómo "las obras literarias de ficción acompañaron al conquistador desde sus primeras aventuras, o le siguieron muy de cerca conforme realizaba sus increíbles gestas; y así inspiraron sus acciones, le dieron solaz cuando descansaba y fueron un bálsamo para sus sueños frustrados." (Leonard, 2006: 98).

"En general, podemos decir que mientras la Península enviaba al Nuevo Mundo libros de entretenimiento, de ficción, recibía a su vez, mediante los cronistas que volvían a España con sus historias y relaciones, crónicas de la conquista. Superficialmente, se exportaba ficción e importaba historias." (Dadson, 1994: 12).

Las fronteras entre la historia y la ficción se diluyen. "Tan extraordinarios eran los hechos de los conquistadores, que el relato estricto que de ellos hacían los prosaicos cronistas parecía novela de aventuras. La realidad sobrepasaba a la fantasía [...]. Era inevitable que existiesen mutuas interacciones entre los hechos históricos y la literatura de creación, entre lo real y lo imaginario, engendrando cierta confusión en las mentes de todos." (Leonard, 2006: 49).

Así, Bernal Díaz del Castillo, que combatió con Cortés, cuando los españoles vieron por primera vez la panorámica de la capital azteca escribe en su *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, terminada en 1568: "nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís [...]." Es interesante notar que esta referencia a *Amadís de Gaula* no es un alarde cultural exclusivo del cronista, sino que parece proceder de un saber compartido por aquel grupo de españoles, de una común experiencia de lectura: "decíamos que parecía...". La realidad americana se ve con esos ojos. "Si el novedoso espacio americano remite la imaginación del conquistador a sus lecturas caballerescas [...] es de suyo natural que la onomástica elegida para designar la nueva y maravillosa geografía provenga igualmente, en gran parte, de los libros de caballerías." (Roberto González, 2008).

Tan imbuidos estaban de esas lecturas que, por ejemplo, *Las sergas de Esplandián*, quinto libro del *Amadís*, continuación escrita por el mismo Garcí Rodríguez de Montalvo y publicada en Sevilla en 1510 es la fuente de dos de los topónimos más importantes del nuevo continente: California y Amazonas. California es el nombre que Montalvo había inventado para nombrar la tierra de la reina Calafia y de sus guerreras (Leonard, 2006: 66). El pasaje en cuestión dice: "Sabed que a la diestra mano de las Indias existe una isla llamada California muy cerca de un costado del Paraíso Terrenal; y estaba poblada por mujeres negras, sin que existiera allí un hombre, pues vivían a la manera de las amazonas."

Cuando en 1533 Ortuño Ximénez bautiza la península californiana de América creyendo aún que es una isla, lo hace mediante el nombre de Isla Santa Cruz, siguiendo el uso general de asignar topónimos de referencia religiosa. Sin embargo, apenas nueve años después, "en 1542, Juan Rodríguez Cabrillo ya le adjudica en su diario de navegación el nombre actual, que de la mano y la pluma de Francisco López de Gómara y su *Historia general de las Indias* en 1552 se divulga y acaba imponiéndose en forma definitiva." (Roberto González, 2008).

Por su parte, el mayor río americano recibió su actual denominación a partir de esas guerreras amazonas que aparecen en la obra de Rodríguez de Montalvo. Es cierto que las amazonas ya aparecen mencionadas en la *Ilíada*, pero es más probable que "la versión del mito narrada en las *Sergas* fuera la más corriente y conocida de los primeros conquistadores, y que haya sido la imagen de las temibles mujeres de la California caballerescas la que se le presentó a la memoria y a la imaginación de Francisco de Orellana cuando, en 1542, navegó por el gran río desde sus orígenes

hasta su desembocadura atlántica y encontró en sus orillas varios grupos de mujeres armadas de arcos y flechas que se [*sic*] combatían 'haciendo tanta guerra como diez indios'." (Roberto González, 2008).

Otro ejemplo más lo tenemos en el caso de la Patagonia, que también recibió su nombre de un libro de caballerías. Patagonia deriva de *patagones*, que es nombre que Fernando de Magallanes dio a los indígenas tehuelches de Bahía san Julián, en la actual provincia Argentina de Santa Cruz, cuando fondeó allí en julio de 1520. Ese término de *patagones* que usa Magallanes tiene su origen en el *Primaleón*, libro de caballería de 1512, donde aparece un extraño personaje de naturaleza híbrida humano-animal, el Gran Patagón, un salvaje indómito y deforme que es vencido por Primaleón. El hecho de que los tehuelches fueran percibidos como feos, presentaran un tamaño gigantesco, comieran carne cruda y fueran en extremo feroces y belicosos, sugirió a Magallanes su identificación con el Gran Patagón de la narración caballescica.

El conquistador, por tanto, "equiparaba sus propias vivencias a las aventuras de los caballeros andantes y las interpretaba a la luz de éstas" (Roberto González, 2008). Es decir, "en las infinitas tierras de Ultramar [...] los castellanos daban vida a una nueva y cierta caballería." (Ballesteros, 1981: 240).

Las lenguas

"El contacto entre dos mundos abrió las puertas al conocimiento de nuevas culturas y de las lenguas que las acompañaban. Cuando los españoles llegaron a las tierras de América, y en particular de lo que después sería la Nueva España, se enfrentaron al gran desafío de tener que comunicarse con los pobladores locales. Este proceso de comunicación pasó por varias etapas a lo largo de los tres siglos de existencia del virreinato de la Nueva España y en el camino produjo uno de los momentos de mayor crecimiento del conocimiento lingüístico en la historia humana: el conocimiento y estudio del gran número de lenguas de los pobladores indígenas de la región." (Reyes Trigos y Barrera Campos, 2005: 47).

"En las primeras etapas de la conquista [...] la comunicación se dio primordialmente a través de intérpretes [...]" (Reyes Trigos y Barrera Campos, 2005: 48), pero pronto se optó, tanto desde la Iglesia como desde la Corona, por el empleo de las lenguas indígenas en los procesos de evangelización. Para ello, era preciso conocerlas y estudiarlas. Desde el inicio, pues, los españoles se aplicaron al conocimiento y codificación de las lenguas indígenas mediante la elaboración de manuales. "Estos vocabularios y gramáticas, que comenzaron a publicarse aproximadamente treinta años después de la conquista, constituyeron, además, la base de todos los estudios posteriores sobre las lenguas indígenas y sobre su evolución histórica." (Reyes Trigos y Barrera Campos, 2005: 47). "Los tratados de Nebrija fueron el apoyo principal de los frailes para describir y sistematizar las propiedades de las lenguas indígenas." (Muñoz Machado, 2017: 205), la mayoría de ellas, lenguas ágrafas o, a lo sumo, simbólicas.

"El trabajo de los misioneros lingüistas no fue sencillo, se enfrentaron a una serie de dificultades que representaron un gran reto en la empresa lingüística emprendida hasta entonces. [...]. En primera instancia, tuvieron que dotar de representación gráfica a

complejos sistemas fonológicos que no les eran familiares." (Reyes Trigos y Barrera Campos, 2005: 52). A partir de ahí, se publicaron textos en lenguas indígenas, cuyo conocimiento y conservación debe mucho a la acción española en América. La lengua que más atención recibió fue la lengua náhuatl pues funcionaba como "lengua franca o lengua de comunicación dentro del territorio mesoamericano, que se encontraba en gran parte dominado por el poderío azteca." (Reyes Trigos y Barrera Campos, 2005: 49-50). Pero también se escribieron artes sobre el tarasco, el maya, el otomí, el pirinda, la lengua purépecha, la mixteca, zapoteca, huasteca, quechua, zoque, totonaco, aymarará ... "Tan solo en México a finales del siglo XVI se publicaron 109 obras dedicadas a las lenguas indígenas [...]." (Muñoz Machado, 2017: 210). "En suma, hacia el fin del reinado de Felipe II, la mayor parte de las grandes lenguas indígenas americanas tenían una transcripción al alfabeto latino y se habían preparado gramáticas y diccionarios." (Muñoz Machado, 2017: 216).

"El papel que jugó la publicación de textos en lengua indígena durante los tres siglos de dominación española en la Nueva España, fue central como uno de los instrumentos básicos de la empresa evangelizadora y la extensión de la cultura española [...] y su publicación ha permitido que lleguen todavía hasta nosotros como un registro único de la riqueza lingüística nacional [...]." (Reyes Trigos y Barrera Campos, 2005: 60). Fue "un esfuerzo filológico sin precedentes." (Martínez Montes, 2018).

Llegan así al castellano, voces como *canoa*, que fue anotado por Colón en su *Diario* el 26 de octubre de 1492 e incorporado por Nebrija rápidamente en su *Vocabulario* de 1495; o como *hamaca*, artilugio visto por "Colón en las Lucayas el 17 de octubre de 1492", aunque sin darle nombre, una forma de lecho que Fernández de Oviedo recomienda como "muy buena para los soldados [...] llamada a propagarse pronto por la marinería española y del mundo entero." (Menéndez Pidal, 2005, I: 768).

La escritura

En ese entorno de lenguas ágrafas, los libros y la escritura fueron elementos sumamente novedosos que pusieron a América al primer nivel cultural.

Luis Vives, en sus *Diálogos sobre la educación*, se asombra de que "los habitantes de aquellas tierras [...] les parece lomás admirable que los hombres puedan comunicarse sus sentimientos a través de una carta enviada de tan lejanas tierras." (*apud* González Sánchez, 2012: 449).

Los cronistas cuentan cómo los nativos se impresionan no ya al ver un libro, sino cualquier escrito. López de Gómara, entre otros, cuenta en su *Historia general de las Indias y conquista de México* (1552) cómo los naturales de las Antillas que servían a los peninsulares allí "transportaban las cartas de sus amos atadas en el extremo de un palo, es decir, a una distancia segura que los librara de las posibles mañas de los espíritus de su interior" (González Sánchez, 2012: 446) porque "los Indios, sabiendo que los Españoles sin verse ni hablarse uno al otro, sino solamente enviando cartas de lugar en lugar se entendían de esta manera, creían o que tenían espíritu de profecía o que las mismas hablaban [...] por alguna deidad e no por arte humana".

Para ilustrar la labor cultural de España en América, conviene poner los ojos en la

primera narración de un nativo con un libro en la mano. Francisco Xerez, secretario de Pizarro, detalla en la *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada la Nueva Castilla* (1534) el encuentro una tarde de noviembre de 1532 entre el dominico Vicente de Valverde, el gobernador Francisco Pizarro y Atahualpa. En esa *relación* se lee que, cuando el fraile se acercó a Atahualpa con una cruz en una mano y la *Biblia* en la otra, "Atabaliba dixo que le dicsse el libro para verle: el se lo dio cerrado: y no acertando Atabaliba a abri[r]lo el religioso estendió el braço para lo abrir: y Atabaliba con gran desden le dio un golpe en el braço: no queriendo que lo abriessse: y porfiando el mesmo a abri[r]lo, lo abrió: y no maravillándose de las letras n[i] del papel como otros indios lo arrojó cinco o seis pasos de si." (*apud* Rueda Ramírez, 2012: 402).

Un libro, por tanto, preside la escena crucial de la conquista del Perú, pues cuando Atahualpa –que ni sabe manejar el objeto ni entiende su sentido– arrojó la *Biblia* a los pies del fraile Valverde, dio pretexto a la hueste española para capturar al inca y descabezar el Imperio de los Incas. En poco tiempo, sin embargo, esa situación era ya distinta. En apenas quince años: "toda una generación [...] cambió su relación con los textos y supo aprovechar al máximo los nuevos materiales impresos recibidos en tierras americanas. Este es el caso de Antonio Huitzimengari, gobernador indígena de Michoacán, interesado en el estudio y la lectura de las lenguas clásicas, que compró algunos libros en castellano y latín en 1559. Huitzimengari tenía interés por autores como el humanista Erasmo, [...], el *Libro de música para vihuela* de Miguel de Fuenllana, o un 'Osias Marco' que hace referencia a las *Obras* de Ausias March [...]." (Rueda Ramírez, 2012: 408).

La imprenta

Cuando todo el envío de libros no bastó, se impulsó la instalación de imprentas en Indias especialmente para la edición de textos en lenguas nativas.

Uno de los impresores activos en Sevilla a finales del siglo XV era Jacobo Cromberger, cuyo taller terminaría siendo en el más prolífico de la España de finales del siglo XV y principios del XVI. Sevilla se convirtió en "el centro tipográfico más activo de la península ibérica durante las cuatro primeras décadas del siglo XVI" (Griffin, 2015: 253).

En 1503, se concedió a Sevilla el monopolio del comercio con las Indias recientemente descubiertas, se fundó la Casa de Contratación y Jacobo [Cromberger] [...] se fue dando cuenta de las posibilidades de negocio que proporcionaba el Nuevo Mundo." (Griffin, 1991: 61). De 1512 es el primer documento que habla de "dos mil cartillas de enseñar a leer" compradas por 4.000 maravedíes en Sevilla a "Jácome Alemán" [Cromberger] por la Casa de Contratación para ser entregadas a fray Alonso de Espinar, que dirigía un grupo de frailes franciscanos que partían para Indias. Es la primera referencia que se tiene de la exportación de impresos –en este caso, cartillas– a América (Griffin, 2015: 253-254 y n. 4).

Cuando Jacobo murió en Lisboa en 1528, lo sustituyó su hijo Juan, cuya mayor aportación fue la de ser el primero en llevar la imprenta al Nuevo Mundo.

En la introducción de la imprenta en América jugaron un papel decisivo Antonio de Mendoza (c. 1491-1542), hombre culto y primer virrey de la Nueva España desde 1535, y el franciscano Juan de Zumárraga (c. 1478-1548), obispo de la ciudad de México desde 1534 y decidido a instituir, desde su primer viaje a América en 1528 una gran biblioteca al servicio de todo el virreinato.

Zumárraga informó al Consejo de Indias en 1533 sobre la necesidad de dotar al virreinato de buenas bibliotecas y consiguió de Carlos V (decreto dado en Toledo el 21 de mayo de 1534) permiso para invertir parte de los ingresos de su sede con tal fin: un quinto de los ingresos de la catedral de México durante tres años se destinarían a la creación de una biblioteca (Griffin, 1991: 118).

Sin embargo, fue preciso dar un paso más, pues "la exportación se mostró pronto insuficiente para cubrir la necesidad de libros de la Nueva España y Juan Cromberger decidió enviar a uno de sus empleados con los aparejos necesarios para montar un taller en la ciudad de México." (Maillard Álvarez, 2013). De este modo, "en 1539, Juan Cromberger emprendió el establecimiento en la antigua capital azteca del primer taller tipográfico americano, enviando allí como maestro a su empleado, el cajista italiano Juan Pablos." (Griffin, 2015: 256). En efecto, a través de su oficial Giovanni Paoli, originario de Brescia, Cromberger introdujo la imprenta en el Nuevo Mundo (Rivali, 2014).

Es decir, escasos dieciocho años después de la conquista de la ciudad de México-Tenochtitlan en 1521, el Nuevo Mundo ya tiene su primera imprenta, instalada en la Casa de las Campanas, "propiedad de Zumárraga que se encontraba en una calle muy cerca del Zócalo, la plaza principal de la ciudad." (Griffin, 1991: 123). Esto supone que "estamos frente a una conquista tecnológica, ya que, la llegada del invento de Gutenberg, cambió definitivamente la forma en que los pueblos amerindios consignaban y transmitían el conocimiento." (López de Mariscal, 2005: 24).

Parece que la primera obra que salió de aquel taller fue la *Breve y más compendiosa doctrina cristiana en lengua mexicana y castellana, que contiene las cosas más necesarias de nuestra Santa Fe católica, para aprovechamiento de estos indios naturales y salvación de sus ánimas*, ordenada y pagada por el obispo Juan de Zumárraga en 1539, pero "no se conoce ningún ejemplar." (Griffin, 1991: 124).

De modo que un impresor alemán afincado en Sevilla envió al Nuevo Mundo de la Monarquía Hispánica a un cajista italiano para imprimir en México una obra en español y en náhuatl: esa fue, sin duda, la *primera globalización*.

Como premio a la inversión en México, el emperador dio a Juan Cromberger "un monopolio tanto sobre la imprenta en la Nueva España como sobre la exportación de impresos allí." (Griffin, 2015: 256).

La década de 1550 se revela "como el momento crítico" en el cambio de las redes de comercio de libros en América, pues la expiración en esos años del monopolio de los Cromberger "permitió al resto de los profesionales del libro impreso en Sevilla acceder plenamente al ansiado mercado americano." (Maillard Álvarez, 2014: 483). Tras la liberalización, "desde Sevilla emigran a México, Puebla de los Ángeles o Lima libreros e impresores, que ejercen en aquellas ciudades su oficio." (Rueda Ramírez, 1999: 83).

A América del Sur, esto es, al virreinato del Perú (establecido en 1542), la imprenta llegó en 1584 de la mano del turinés Antonio Ricciardi, otro italiano que había trabajado como impresor en México. Como se ha mencionado, Lima contaba con una importante universidad, pero carecía de imprenta y Ricciardi fue requerido por los jesuitas de Lima. Ricciardi llegó a la ciudad con una imprenta y dos operarios. En 1584, Felipe II otorgó la Real Cédula (7 de agosto) en la que autorizó las impresiones en Lima, considerando que se trataba de ediciones “en las lenguas de los indios” y no había en España “quien las supiese corregir” (Ruiz Rosas, 2021: 39 n. 32) y otorgó la licencia de impresión para publicar un catecismo para indios, promovido por el arzobispo Toribio de Mogrovejo, en edición trilingüe (quechua, aymara y español), y publicado en 1584: *Doctrina Christiana y Catecismo para instrucción de los indios*.

A partir del XVIII empezaron a establecerse imprentas en otras ciudades sudamericanas: en 1626 se instaló la primera imprenta en Ecuador (en Cuenca), y así sucesivamente.

En cuanto a las Indias Orientales, ha de tenerse en cuenta que “Filipinas se establece y se organiza como colonia no de Castilla, sino de la Nueva España, y desde sus inicios hay una clara conexión entre los impresores y libreros novohispanos y los filipinos.” (Maillard Alvarez, 2013). Los primeros talleres en Filipinas eran de órdenes religiosas: “La imprenta de los dominicos, establecida en Bataan, parece ser la más antigua, aunque también tuvieron franciscanos, jesuitas y agustinos.” (Maillard Alvarez, 2013). Los primeros libros impresos en Filipinas también usaron lenguas nativas como el tagalo o el chino y algunas de las primeras obras se aplicaron al conocimiento y enseñanza de estos idiomas. La impresión de obras aumentó cuando en 1611 se creó la Universidad de Santo Tomás de Manila (*cfr.* Martínez Montes, 2018: 296).

“La instalación permanente de imprentas en las capitales virreinales durante el siglo XVI cobra aún más importancia si la comparamos con el caso de las colonias inglesas de Norteamérica, donde la imprenta se introdujo con mucha posterioridad” (Maillard Álvarez, 2013): en Nueva Inglaterra (Cambridge, Massachusetts) en 1638, en Boston en 1674, Filadelfia en 1685 y Nueva York en 1693.

Atlántico, un nuevo "mare Nostrum"

Los libros y las lenguas circularon por el mundo cruzando océanos en viajes y tornaviajes cuya peripecia es apasionante reconstruir y que informa de lo que es el subtítulo de esta charla: la dimensión global de la historia hispánica.

Hubo todo un “trasiego de papeles” en “océanos de libros” (Rueda Ramírez, 2012: 412 y 418) y en ese “intercambio” entre el Viejo y el Nuevo Mundo hubo toda variedad de escritos. Se fue construyendo, poco a poco, “todo un imaginario compartido y un universo común de referencia en el que las influencias son mutuas” (Rueda Ramírez, 2012: 423) “en un flujo regular de bienes, dinero, gentes y cultura.” (Martínez Montes, 2018: 185).

Poco a poco el océano Atlántico fue convirtiéndose en un “nuevo *Mare Nostrum*” (Vila Vilar, 2012: 43). Gracias a la Carrera de Indias, por un lado, y al Galeón de

Manila, por otro, se fue tejiendo toda una red, todo un sistema de comunicación naval que unió mediante rutas marítimas todo el mundo conocido. La Carrera de Indias se convirtió en "una gran autopista que unió los dos continentes" (expresión de Pérez-Mallaína *apud* Vila Vilar, 2012: 45).

A partir de entonces, como escribe el Inca Garcilaso en su *Primera parte de los Comentarios reales que tratan del origen de los Yncas, Reyes que fueron del Peru [...] y de todo lo que fue aquel Imperio y su Republica, antes que los Españoles pasaran a él* (Lisboa, 1609): "no hay más que un mundo, y aunque llamamos Mundo Viejo y Mundo Nuevo, es por haberse descubierto aquél nuevamente para nosotros, y no porque sean dos, sino todo uno." Él mismo, hijo de español y madre india, en su traducción de los *Diálogos de amor* de León Hebreo (1589), dice de sí en una de las dedicatorias: "de ambas naciones tengo prendas".

Esas rutas marítimas transportaron mercancías, bienes, personas, noticias, espíritu de época. Las nuevas llegaban del uno al otro lado con una cadencia continua. El llamado *códice Chimalpahin*, por ejemplo, permite estudiar estos plazos. Domingo de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, cronista mexicana, fue anotando –en el volumen III– en forma de anales en náhuatl y en español todo aquello que sucedía en el mundo entre 1577 y 1615. Se consideraba a sí mismo como miembro de un Reino Universal gobernado por un Soberano Universal: el Rey de España (Martínez Montes, 2018: 285). Así, en las notas correspondientes a su propio tiempo, como, por ejemplo, el asesinato de Enrique IV, puede calcularse lo que tardaban en llegar las noticias desde Europa al Nuevo Mundo: sucedido el magnicidio el 14 de mayo de 1610, Chimalpahin lo consigna el miércoles 8 de septiembre de ese mismo año, esto es, menos de cuatro meses después. También se conocen esos plazos por la información que consta en los puertos de salida y llegada: "Hoy sabemos que las primeras naos que llevaron la edición príncipe del *Quijote* partieron hacia América el 5 de mayo de 1605 y llegaron a Puertoveloc el 19 de agosto del mismo año, con unos 200 ejemplares en sus bodegas [...]." (Maillard Alvarez, 2013).

Toda una serie de "eslabones humanos" (Gruzinski, 2010: 127) fue formando una cadena de comunicación gracias a esos "hombres que vencieron las distancias" (Vila Vilar, 2012: 63). Como escribió Martín Cortés en su *Breve compendio de la Sphera y de la Arte de navegar* (Sevilla, 1551), para caminar por la mar "era necesario poner los ojos en el cielo" (f. 111) (Silva y Sancho Menjón, 2001: 44).

Por todas estas acciones, "España se puso en el empeño consciente de ser gran protagonista de cultura en el escenario del mundo" (Pérez de Tudela, 1983: LVIII): "[...] el intercambio de ideas y el comercio de libros era constante entre Europa y la América hispana y [...] la vida universitaria no era allí diferente de la que existía en el Viejo continente." (Roca Barea, 2016: 305). Hubo también un "descubrimiento cultural" recíproco por ambas partes, y los libros de todo tipo estuvieron presentes en el Nuevo Mundo desde el primer instante llevando la mejor cultura europea del momento.

Muy pronto, en 1524 -se han cumplido 500 años- y con el objetivo de centralizar el gobierno de los nuevos territorios incorporados a la Corona de Castilla, España creó el Consejo Supremo y Real de las Indias, la más alta institución administrativa para la gestión del Nuevo Mundo.

En la aventura española en América, "las viejas ciudades y los reinos hispanos" se reencarnaron en América, y "en el mismo solar del Imperio azteca, se desdoblará España entera en la Nueva España [...]." (Díez del Corral, 1952: 70). Desde el inicio, se fundaron ciudades a usanza española emplazadas principalmente sobre asentamientos nativos, "con cuadrículas trazadas a cordel y junto a las rancherías de la población indígena" (Ruiz Rosas, 2021: 24). En efecto, España se desdobló en América; el viejo mundo en el Nuevo Mundo: universidades, hospitales, catedrales, imprentas, ingeniería civil.... Una treinta de ciudades hispanas en quince países de América son hoy Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. Y todo ese proceso se llevó a cabo integrando el elemento autóctono como uno de los sumandos de una nueva realidad: el mestizaje.

Todos estos acontecimientos y personajes están geolocalizados y descritos con detalle en el portal HISTORIA HISPÁNICA, de la Real Academia de la Historia (<https://historia-hispanica.rah.es/>). Se muestra el geoposicionamiento de los acontecimientos y personajes de la Historia hispánica con cerca de 150.000 referencias geográficas. Estas geolocalizaciones, que se extienden por todo el orbe, señalan los lugares de actividad de más de 50.000 personajes y la ubicación de más de 20.000 acontecimientos de nuestra Historia desde el año 1.350.000 a.C. hasta la actualidad con especial atención a todos los territorios que formaron parte de la Administración española. Con este portal, que aúna rigor académico y novedad tecnológica, España es el primer país del mundo en tener georreferenciada su Historia: siglos de presencia global a través de hechos y personajes de relevancia internacional.

Cierre

Hemos visto cómo todo un rico sistema de comunicaciones por tierra y mar facilitó aquella *primera globalización* de la que España fue la gran protagonista. Las rutas terrestres y las rutas marítimas tejieron la primera red global de intercambio de información.

Nos encontramos, por tanto, ante "un mundo globalizado, donde gracias a los avances en navegación [...], los intercambios de bienes, conocimientos y culturas se multiplican a una escala hasta entonces desconocida." (Chirinos, 2021: 75).

Como dijo S.M. el Rey Felipe VI hace diez años en el encuentro "Repensar Iberoamérica: construyendo el futuro" celebrado en Veracruz (México) el 8 de diciembre de 2014, "el eje que vertebra esa identidad es la cultura", entendiendo por cultura una realidad muy amplia "que reúne en sí conocimiento, arte y creencias, pero que también incluye la ley, la moral, las costumbres, los hábitos y habilidades adquiridas como miembros de una sociedad". La fórmula con que expresó esa unidad en la diversidad es definitiva: "Somos una cultura de culturas".

En el "Epílogo" de *El hacedor* (1960), Borges escribió: "Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara."

Las líneas de estas rutas de libros, de lenguas, de cultura, de aventuras e historias por mar y tierra trazan, como en el cuento de Borges, la forma del rostro de España, de nuestro propio rostro.

Muchas gracias

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Ballesteros, Manuel (1981), *Gonzalo Fernández de Oviedo*, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- Chirinos, Andrés (2021), "Las lenguas: impresos y manuscritos en el virreinato peruano", en Ruiz Rosas, Alonso y Ortiz Canseco, Marta (2021), *Libros y autores en el virreinato del Perú. El legado de la cultura letrada hasta la Independencia*, Madrid, Instituto Cervantes, pp. 75-83.
- Clavería, Carlos (2010), *España en Europa. Aspectos de la difusión de la lengua y las letras españolas desde el siglo XVI*, Madrid, Instituto Cervantes.
- Dadson, Trevor J. (1992), "La presencia del Nuevo Mundo en bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro. 11: los inventarios", en Ignacio Arellano (dir.), *Las Indias (América) en la literatura del Siglo de Oro. Homenaje a Jesús Cañedo*, Kassel-Pamplona, Reichenberger-Gobierno de Navarra.
- Díaz del Castillo, Bernal (1983), *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición índice y prólogo de Carmelo Sáenz de Santa María, México, Editorial Patria.
- González Fernández, Enrique (2021), *La Monarquía Española y América. Filosofía política de la Corona según la Legislación y el pensamiento de Las Casas, Vitoria y Julián Marías*, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- González Hernández, Cristina (2024), "Jerónimo de Aguilar" y "Gonzalo Guerrero", en Real Academia de la Historia, *Historia Hispánica* (<https://historia-hispanica.rah.es/biografias/716-jeronimo-de-aguilar> y <https://historia-hispanica.rah.es/biografias/21961-gonzalo-guerrero>).
- González Sánchez, Carlos Alberto (2012), "El imperio de la escritura: historia de cartas, descubrimientos y conquististas", en Enriqueta Vila Vilar y Jaime J. Lacueva Muñoz (coords.), *Mirando las dos orillas: intercambios mercantiles, sociales y culturales entre Andalucía y América*, Sevilla, Fundación Buenas Letras-Real Academia Sevillana de Buenas Letras, págs. 425-449.
- Griffin, Clive (2015), "Los Cromberger y los impresos enviados a las colonias españolas en América durante la primera mitad del siglo XVI, con una coda filipina", en *Titivillus*, núm. 1, pp. 251-272.
- Gruzinski, Serge (2010), *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México, Fondo de Cultura Económica (1-ª ed.: 2004).
- Leonard, Irving (2006), *Los libros del conquistador*, México, Fondo de Cultura Económica (1.ª ed. 1953).
- López de Mariscal, Blanca (2005), "Imprenta y libros en la Nueva España, ¿un arma para el imperio?", en Blanca López de Mariscal y Judith Farré Vidal (coord. y ed.), *Libros y lectores en la Nueva España*, Monterrey, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, pp. 21-40.
- Maillard Álvarez, Natalia (2013), "El libro entre el Atlántico y el Pacífico en la época de Cervantes", en *El español en el mundo. Anuario del Instituto Cervantes*, Madrid, Boletín Oficial del Estado.
- Maillard Álvarez, Natalia (2014), "Aproximación a la creación de las redes de distribución de libros en América a través de las fuentes españolas (segunda mitad del siglo XVI)", en *Anuario de Estudios Americanos*, 71, 2, julio-diciembre, pp. 479-503.
- Martínez Montes, Luis Francisco (2018), *España, una historia global*, Madrid, Global Square Editorial.
- Mathes, M. (1982), *Santa Cruz de Tlatelolco: la primera biblioteca académica de las Américas*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores.
- Menéndez Pidal, Ramón (2005), *Historia de la lengua española*, vol. I, Madrid, Fundación Ramón Menéndez Pidal-Real Academia Española.
- Muñoz Machado, Santiago (2017), *Hablamos la misma lengua. Historia política del español en América, desde la Conquista a las Independencias*, Barcelona, Crítica.
- Pérez de Tudela, Juan (1983), "Prólogo", en Gonzalo Fernández de Oviedo, *Batallas y quinquagenas*, tomo I, Madrid, Real Academia de la Historia.
- Reyes Trigos, Claudia y Barrera Campos, Lourdes V. (2005), "La publicación de gramáticas y vocabularios en la Nueva España: Textos fundantes para el conocimiento de las lenguas indígenas", en Blanca López de Mariscal y Judith Farré Vidal (coord. y ed.), *Libros y lectores en la Nueva España*, Monterrey, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, pp. 45-64.

- Rivali, Luca (2014), "Paoli, Giovanni", en *Dizionario Biografico degli Italiani*, Volume 81, Roma, Istituto della Enciclopedia italiana.
- Roberto González, Javier (2008), "Libros de caballerías en América", en José Manuel Lucía Megías (ed.), *Amadís de Gaula, 1508: quinientos años de libros de caballerías*, Madrid Biblioteca Nacional de España-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 369-382
- Roca Barea, Elvira (2016), *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*, Madrid, Siruela.
- Rueda Ramírez, Pedro (1999), "La circulación de libros entre el viejo y el nuevo mundo en la Sevilla de finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII", en *Cuadernos de Historio Moderna*, número 22, pp. 79-105.
- Rueda Ramírez, Pedro J. (2005), *Negocio e intercambio cultural: El comercio de libros con América en la Carrera de Indias (Siglo XVII)*, Sevilla, Universidad de Sevilla-Diputación de Sevilla-CSIC-Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- Rueda Ramírez, Pedro (2010), "Las librerías europeas y el Nuevo Mundo: circuitos de distribución atlántica del libro en el mundo moderno", en Idalia García Aguilar y Pedro Rueda Ramírez (compils.), *Leer en tiempos de la Colonia: imprenta, bibliotecas y lectores en la Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 113-135.
- Rueda Ramírez, Pedro (2012), "Libros viajeros: textos en circulación en el Mundo Atlántico", en Vila Vilar, Enriqueta y Lacueva Muñoz, Jaime J. (coords.), *Mirando las dos orillas: intercambios mercantiles, sociales y culturales entre Andalucía y América*, Sevilla, Fundación Buenas Letras-Real Academia Sevillana de Buenas Letras, págs. 401-423.
- Ruiz Rosas, Alonso, "Los inicios de la cultura letrada en el Perú", en Ruiz Rosas, Alonso y Ortiz Canseco, Marta (2021), *Libros y autores en el virreinato del Perú. El legado de la cultura letrada hasta la Independencia*, Madrid, Instituto Cervantes, pp. 19-43.
- Ruiz Rosas, Alonso y Ortiz Canseco, Marta (2021), *Libros y autores en el virreinato del Perú. El legado de la cultura letrada hasta la Independencia*, Madrid, Instituto Cervantes.
- Silva, Manuel y Sancho Menjón, M.^a (2001), *Ingenios, máquinas y navegación en el Renacimiento*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón.
- Vila Vilar, Enriqueta (2012), *Hispanismo e hispanización: el Atlántico como nuevo Mare Nostrum*, discurso de ingreso, Madrid, Real Academia de la Historia.